

El silencio en los encuentros con la palabra y el Otro

Eduardo Galeano en *De los hijos y los días* (2011) nos relata la historia de dos profesores que en 1973 llegan a México para entrar en el mundo de los mayas. Los profesores, en esa comunidad, se presentan diciendo que venían a aprender. Ante esa aparente contradicción los indígenas callaron, al rato alguno explicó el silencio: “Es la primera vez que alguien nos dice eso”. Aprendiendo se quedaron allí y aprendieron a saludar así: “-Yo soy otro tú. / -Tú eres otro yo”. (p. 58)

Este relato está íntimamente relacionado con mi experiencia en el Centro de Actividades Infantiles de Lobos (C.A.I). Una experiencia que tiene que ver con el Otro, el Otro que - como dice Octavio Paz- me da plena existencia porque no hay Yo sin el Otro.

Los Centros de Actividades Infantiles se iniciaron en el año 2011, fue una propuesta impulsada por la Dirección Nacional de Políticas Socio-educativas con el objetivo de contribuir a la igualdad y calidad educativa de niños que se encuentran en contextos de gran vulnerabilidad social y que concurren a la Escuela Primaria. El objetivo es fortalecer y ampliar las trayectorias escolares de los niños así como posibilitar el acceso a diversas actividades culturales (científicas, artísticas, tecnológicas, deportivas, recreativas, entre otras), generando lazos con la comunidad (Escuela sede C.A.I, vecinos, Escuelas cercanas a la sede C.A.I, docentes, familias). Cada Centro posee talleristas y maestros comunitarios, los primeros son los encargados de las actividades culturales y los segundos –con asistencia a los hogares y en la misma sede de la Escuela- se ponen en acción brindando apoyo pedagógico y acompañamiento a la escolaridad.

El Centro de Actividades Infantiles de Lobos (Prov. de Bs. As.) funcionó hasta el 2015 en la Escuela Primaria N° 5, “Almafuerte”. Allí me he desempeñado como tallerista – desde el año 2011 al año 2015- invitando a los chicos de entre 6 y 12 años, los días sábados, al mundo de la palabra a través de la literatura, las charlas, talleres de reflexión, títeres y teatro.

El barrio donde se encuentra la Escuela recibe el nombre de “Barrio Hipódromo” debido a su cercanía con el Hipódromo Municipal, sitio que aleja al mismo de la zona urbana estableciendo la frontera entre lo que los chicos llaman “los del Hipódromo” y “los de Lobos”. Su comunidad está marcada por casas precarias, construidas de ladrillos y chapas; por muros que intentan separar a éstas de las “casas elegantes” y casas de

chapas construidas con posterioridad a las primeras y organizadas en comunidad sobre terrenos tomados. Estas últimas, a pesar de formar parte del Barrio Hipódromo, se las separa del mismo al reubicarlas mediante el nombre de “Barrio Las Chapas”, imponiéndose nuevos límites a los antes nombrados. Esas formas de nombrar al Otro ponen a la luz las diferencias con respecto a la clase social, la zona y la infraestructura de los hogares.

Por otro lado, entre las casas existe una distancia cercana pero se encuentran alejadas de la Escuela del barrio en donde funciona el C.A.I. Una distancia que no sólo es territorial ya que, pese a que la mayoría de los chicos del barrio concurren allí durante la mañana hasta el mediodía, se hace complejo acercar la comunidad a la Escuela ya sea mediante la propuesta de talleres para padres y cualquier integrante adulto de la familia o a través de la cooperadora escolar; en general los adultos tienden a resistirse haciendo dificultoso que la Escuela funcione como un lugar de referencia o contención vecinal. Los vecinos ante cualquier inquietud, problemática o necesidad se acercan a una vecina –Susana- que se encarga de aconsejar, orientar y organizar el barrio. Un barrio que es considerado como un “hogar”, los chicos pasan horas y horas –hasta el día siguiente- afuera de sus casas, jugando. Allí las familias no cierran sus puertas para preservar lo que sucede adentro sino que éstas están abiertas hacia una familia central que es el propio barrio. Todo sucede en el barrio, todo es solucionado en el barrio, extrañan el barrio cuando no están allí y se sensibilizan cuando traspasan sus tierras para acercarse al centro de la ciudad, pues allí se sienten Otros frente a “los ricos” como ellos los llaman. El barrio los atraviesa.

Durante la semana muchos de los chicos solían ausentarse a clases pero sí asistían en su totalidad al C.A.I, llevando su idiosincrasia, sus costumbres, sus palabras y sus límites a un Otro que también era parte de los encuentros: maestros y talleristas que no pertenecíamos al Hipódromo sino a Lobos, niños que vivían en hogares de tránsito y niños que venían del “Barrio Los Hornos”. Los chicos que vivían en el barrio Hipódromo se referían a los niños judicializados como “Los de AFYN”, sabían –aunque no tenían claro por qué- que estos niños no tenían un papá, una mamá o abuelos cerca y –pese a que ellos también se veían afectados por conflictos familiares o falta de contención- se sentían diferentes o “mejores” por el hecho de poder jugar libremente en su barrio, así me lo contó Augusto en una noche de charla cuando participamos de la Feria Nacional de Ciencias en Salta. En el caso de los niños que venían desde Los Hornos –caminando 4 Km para llegar los sábados a la Escuela- eran vistos por los del

barrio como “tontos” o “calladitos” -según voces de los chicos-. En su mayoría eran bolivianos y ellos también traían sus palabras pero prioritariamente sus silencios, querían escuchar cuentos y escuchar palabras sin interesarse tanto por las aventuras barriales o la acción que sí primaba en los niños del Hipódromo como subirse a los techos, tirar piedras, jugar con perros de la calle; sin embargo su silencio era visto desde el prejuicio.

Como tallerista me encontré con un gran sentimiento de pertenencia de los chicos por su barrio, su defensa y límites ante la entrada de aquel que no vivía en él o de la forma que ellos lo hacían, sus formas de nombrar que acentuaban las diferencias entre un Yo y un Otro, sus palabras silenciadas y sus acciones que muchas veces sustituían las voces y obstaculizaban la posibilidad de escucha que los demás niños traían como parte de su cultura. Se me hacía difícil conocer sus vidas y sentimientos mediante la palabra, no me permitían acceder a dichos aspectos a través del relato oral de sus experiencias ya que se mostraban fastidiosos a la hora de proponerle un diálogo o charla cotidiana y, más aún, cuando tenían que expresarse por medio de la escritura. Tanto la palabra oral (diálogos, charlas) como la palabra escrita era esquivada tomando el camino de la reacción violenta, el juego o la música: cargar al compañero, insultar, sostener la mirada fija por un minuto y luego “disparar a la acción aventurera”, golpear sus manos sobre las mesas o sillas logrando un ritmo armónico y que el resto al oírlo -inmediatamente- trataba y lograba sumarse al son de una música coordinada que iba tomando adherentes. Esta situación me llevó a ciertos interrogantes: ¿Cómo puedo, como talleristas, encarar y hacer participe a los chicos en el mundo de la palabra cuando prima el silencio? ¿Cómo conocer a los chicos cuando no existe la palabra hablada? ¿Cómo lograr ponerle voz a la palabra silenciada? ¿Qué pasaría en el Otro si tomo la palabra para contar mis propias experiencias o las ajenas? ¿En qué lugares o espacios del cuerpo se esconde la palabra?

El teatro, los relatos y las imágenes fueron fundamentales a la hora de descubrir o “cazar” las palabras silenciadas. Perla Zelmanovich (2003) en su texto “Contra el desamparo”, sostiene que es el juego y la ficción lo que le permite al niño construir significados poniendo distancia a la realidad que irrumpe anárquicamente. En este caso fue el teatro lo que permitió ponerme a la caza de las palabras de los chicos (palabras de amor, de odio, de angustia, de miedo, de risa así como palabras de barrio), hacer visible sus opresiones y lo que permitió, a ellos, construir sus propias palabras, sus diferencias.

Mi intención era conocer su barrio desde sus propias subjetividades, conocer qué significaba el C.A.I para ellos, cuáles eran sus preocupaciones, sus alegrías y deseos; aspectos que no eran transmitidos por ellos con palabras, pero que estaban allí silenciadas. Había que atender al silencio, un silencio que Cecilia Bajour (2010) –en “La voz nace del silencio” - citando a Le Breton considera que no es nunca el vacío sino el intercambio de miradas y de emociones. Según la autora, atender la voz del silencio es una forma de tender puentes entre lo que dicen y callan los interlocutores, consideración que me llevó a proponer a los chicos lo que juntos llamamos “Match de improvisación”. Para éste se armaron dos equipos, cada uno podía disponer de accesorios o vestimentas para improvisar temáticas con determinada categoría (oral o mudo) y cantidad de personajes; mientras que un jurado con puntaje numérico determinaba cuál era la improvisación ganadora. Las temáticas a improvisar eran planeadas de antemano y propuestas por mí mediante tarjetas, algunas tenían que ver con la relación docente y alumno en su escuela (Por ejemplo: “Le tengo que enseñar a mi maestra a no gritar. Categoría: oral. Participantes: dos”/ “Elijo un tallerista y lo imito. Categoría: oral. Participantes: uno”), otras funcionaban como “Comodín” (allí cada grupo tenía posibilidad de inventar su propia historia a representar y seleccionar libremente la cantidad de personajes así como su categoría, que en general fue muda), otras tenían que ver con programas de TV como noticieros en donde el participante tenía como deber informar sobre las actividades del C.A.I y convencer a otros a participar de las actividades y “aventuras” en su barrio. También las temáticas fueron útiles para acercar a los chicos a la literatura y a lo que ésta podía provocarles proponiéndole leer e interpretar corporalmente una poesía. La actividad puso en acción diferentes lenguajes: lo corporal, lo verbal, el silencio, las miradas y la gestualidad; yo pude captar palabras silenciadas y subjetividades de cada uno de los chicos, mientras que a ellos les permitió ensayar otras realidades y otras posibilidades de cambio así como también aportar su propia personalidad y experiencia al construir un personaje. A través de la máscara teatral se filtraban palabras que pertenecían a su propio ser sin necesidad de recurrir a la pregunta directa a los participantes, preguntas que ellos rechazaban.

Otra propuesta a la hora de darle voz al silencio estuvo centrada en los niños que residían en hogares de tránsito. Estos niños se mostraban apáticos a la hora de realizar juegos como el deporte o las manualidades, sólo querían encontrar un rinconcito para contarte algo pero cuando el espacio se les propiciaba advertía que el silencio se

apoderaba de la voz y las palabras salían por otros espacios: los abrazos, las lágrimas, dolores de panza o de garganta. No se animaban a participar en las improvisaciones exponiéndose para crear un puente con el público (sus compañeros); las imágenes y los dibujos eran su refugio. Al captar eso decidí trabajar con las miradas con el fin de percibir aquello que querían decir pero que no salía en palabras. La actividad la llamamos “El taller de las miradas”, en éste sólo participaban los que tenían ganas de hablar pero no “les salía”, ellos sabían la condición y cada sábado iban buscando su lugar en dicho espacio. La propuesta consistía en la presentación de diferentes miradas – pinturas realizadas por los talleristas- frente a las cuales los chicos tenían que elegir una y pensar por qué una persona puede tener determinada mirada. Cada uno terminaba poniéndole voz a sus propios sentimientos y experiencias sin advertir, en algunos casos, que estaban hablando de ellos mismos sino creyendo que estaban hablando de Otro, una persona cualquiera. Este taller compartía un aspecto con el teatro y las improvisaciones: el permitirle al niño tomar el rostro y la voz de Otro para hablar de un YO que hasta ese momento hablaba en silencio. Sin embargo, no podía sólo enfocarme en darle voz a sus silencios mediante la palabra, era necesario –también- el respeto por el no decir del Otro. Así nos enfocamos en la lectura de la poesía de Jorge Luján *Mi cuerpo y yo* (2013) con ilustraciones de Isol, en donde se toma las diferencias entre el cuerpo y el Yo (alma o ser), aquí la voz poética comienza diciendo “Yo soy muy diferente a mi cuerpo”, planteando sucesivos aspectos que los distancian para lograr hacia el final una comunión entre el Yo y el cuerpo: “Yo soy muy diferente de mi cuerpo/ pero lo elijo entre todos/ porque me deja ver por sus ojos”. La propuesta de lectura hizo que el lenguaje de la acción constante se desactive y se activara el silencio, sus cuerpos se relajaron sobre las mesas, algunas miradas se ponían tristes y otros tenían cara de preocupación. Creí, en este caso, que no era apropiado hacer una lectura interrumpida dándole lugar a lo verbal. La lectura misma me permitía ya entrar en diálogo, pero con el silencio del Otro. Ellos mismos parecían estar planteándose en silencio las diferencias entre su propio Yo y su cuerpo, entre su ser y parecer; porque como dijo Yanet y Florencia: “Seño, acá no se puede hablar porque es el lenguaje del alma”, “Una mirada vale más que mil palabras”. Este encuentro me acercó a los profesores de la comunidad maya, yo también aprendí algo: aprendí a saludar con el lenguaje del alma, aprendí a escuchar el silencio.

Bibliografía

Bajour, C. (2007, Julio). La artesanía del silencio. Imaginaria N° 226. Recuperado de <http://www.imaginaria.com.ar/22/6/la-artesania-del-silencio.htm>.

_____ (2010, abril). La voz nace del silencio. Imaginaria N° 275. Recuperado de <http://www.imaginaria.com.ar/tag/n-275/>.

Galeano, E. (2011). *De los hijos y los días*. México: Siglo XXI.

Luján, J. (2013). *Mi cuerpo y yo*. Córdoba: Comunicarte.

Zelmanovich, P. (2003). Contra el desamparo. En: Dussel, I. y Finochio, S. (Comp.), *Enseñar hoy. Una introducción a la educación en tiempos de crisis*. (pp. 49-64). Buenos Aires: FCE.